

Las diferentes concepciones psicoanalíticas de la angustia¹



HÉCTOR GARBARINO²

INTRODUCCIÓN

El problema de la angustia ha encontrado diversas respuestas en la teoría psicoanalítica. En el psicoanálisis actual existen diferentes concepciones o corrientes de pensamiento que divergen entre sí no solo en la manera de concebir la angustia sino también en torno a muchos otros problemas centrales de la teoría analítica.

Nos interesa, pues, investigar el lugar que le es adjudicado a la angustia en la arquitectura general de cada teoría, señalar con qué otros conceptos de la misma se relaciona y cuál es la forma en que se articula con estos otros conceptos.

De acuerdo con estas ideas intentaremos mostrar de qué manera es abordada la angustia por aquellas teorías que han tenido mayor desarrollo en nuestro medio. Nos referiremos a las obras de: a) Sigmund Freud; b) Melanie Klein y autores vinculados a su concepción: Wilfred R. Bion y Donald W. Winnicott, y c) Jacques Lacan.

- 1 Trabajo colectivo presentado en representación de APU en el XIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Río de Janeiro, noviembre de 1980.
- 2 Coordinador del grupo integrado por Ricardo Bernardi, Myrta Casas de Pereda, Daniel Gil, Marcos Lijtenstein, Irene Maggi de Macedo, Carlos Mendilaharsu, Raquel Morató de Neme, Alberto Pereda y Silvia Sapriza.

FREUD

La angustia, si bien no es el punto central de la metapsicología freudiana, constituyó un factor importante en la conceptualización del aparato psíquico.

Como sabemos, la teoría freudiana está basada fundamentalmente en los representantes psíquicos de la pulsión, pero fue por la vía de la angustia que llegó a la libido y a ubicar el deseo sexual como centro de su teoría de la neurosis.

La angustia o sus equivalentes constituyeron, pues, una guía semiológica importante aunque no un último término de la formulación metapsicológica.

Sin embargo, no podemos desconocer que el punto de vista económico, que es el *quantum* de lo que cualitativamente se percibe en lo consciente como afecto, constituya uno de los pilares de su metapsicología y nunca fue abandonado por Freud. Como consecuencia del proceso de la represión, el afecto queda reducido a energía pura, libidinal, que se transformará en angustia con el fracaso de la represión.

Tanto en la investigación de las neurosis actuales como en la de las psiconeurosis el deseo sexual es preeminente, pero mientras que en las primeras la angustia aparece descrita como un proceso somático, en conexión con factores nocivos de origen actual, en las segundas adquiere el valor de un afecto que se vinculará a representantes inconscientes reprimidos. Ahora bien, nos parece que lo característico de Freud es que su concepción de la angustia como de índole puramente fisiológica permanecerá siempre como referente último. Y si en un primer momento, con su teoría de las neurosis actuales, la referencia eran las manifestaciones somáticas del coito, en las conferencias de 1916-17 estas manifestaciones somáticas estarán adscriptas al trauma de nacimiento y en último término a experiencias significativas vividas por la especie. Esta insistencia en el proceso somático como modelo fisiológico de la angustia se conecta con la importancia central de la pulsión en su metapsicología, una de cuyas caras mira al soma mientras la otra mira al aparato psíquico.

Junto a lo actual Freud abre el camino a la investigación de lo histórico, al que en definitiva concederá su mayor interés. Es decir, que además de la noción de excitación sexual insatisfecha motivada por prácticas sexua-

les inapropiadas y que encuentra cerrado el camino de la elaboración psíquica, desarrolla el concepto de libido reprimida por hallarse unida a representantes psíquicos infantiles inaceptables para otras instancias del aparato. Estos representantes son las figuras parentales o sus sustitutos y por consiguiente la libido reprimida es tanto la pulsión incestuosa hacia la madre como la pulsión homosexual hacia el padre. Estos representantes pulsionales son reprimidos en virtud de la amenaza de castración. Esta amenaza es la consecuencia de la situación triangular, ya que la madre pertenece al padre, así como de los propios deseos hostiles del niño hacia el padre. De esta manera se reprime no solo la pulsión sexual, sino también los componentes agresivos de la misma.

Por consiguiente, los deseos edípicos traen aparejados en el niño situaciones de gran angustia, debido al complejo de castración. Esta angustia sobreviene en el varón no solo como castigo debido a sus impulsos incestuosos sino también respecto a los deseos pasivo-femeninos en relación a su padre ya que éstos implican en sí mismos una castración.

Como se sabe, si la angustia de castración motiva en el varón la declinación del complejo de Edipo, en la niña, al contrario, va a posibilitar su entrada en el mismo.

De este modo, la angustia de castración y las vicisitudes del Edipo constituirán el factor fundamental en la adquisición de la identidad sexual, tanto en el varón como en la niña.

Si la angustia de castración tiene tanto efecto en la vida psíquica, tanto en el varón como en la niña, ello es debido a que constituye una grave herida narcisista, ya que el pene es el órgano más narcisísticamente investido.

Recapitulando: hay en Freud dos concepciones de la angustia; una como descarga somática directa, como expresión de una excitación sexual que no puede ser ligada porque no tiene acceso a los representantes psíquicos y que por ende no moviliza libido; y otra como producto de una transformación de la libido en angustia por efecto de la represión, transformación que es debida a la separación de la libido de sus representantes psíquicos reprimidos, libido que al desligarse se transforma y se libera manifestándose como angustia.

Junto a estas condiciones neuróticas de la angustia, Freud describe la emergencia de situaciones de angustia frente a peligros reales que él llama

angustia realista, puesta al servicio de la pulsión de autoconservación, y la diferencia de este modo de la angustia neurótica, que es angustia ante un peligro fantaseado o interno. Claro que inmediatamente sostiene que las diferencias no son radicales y que siempre nos encontramos que junto a la angustia realista coexiste angustia neurótica en mayor o menor grado.

Con el desarrollo de la teoría que condujo a Freud a poner el acento sobre el yo, con la elaboración de la segunda tópica, se produce un cambio importante en su concepción de la angustia. Sin abandonar su teoría de las neurosis actuales, enriquece su concepción de la angustia en las psiconeurosis. La angustia deja de ser un resultado de la represión para volverse un instrumento al servicio del yo para sus operaciones defensivas. El yo se vuelve sede de la angustia y es precisamente la angustia del complejo de castración el motor de la represión, así como el conjunto de las pulsiones edípicas constituirán lo reprimido. Es decir que el yo, en lugar de sufrir el acceso de angustia, la utiliza como señal de peligro con el propósito de evitar su desarrollo. A este desarrollo de angustia le llama angustia automática, que consiste en un aflujo de excitaciones que el yo no puede controlar. La angustia, vuelta ahora señal, adquiere un estatuto más complejo en la teoría, porque sin dejar de ser un afecto se ha vuelto también un *símbolo anémico* de una situación pretérita. De este modo, se reproduce en cantidad mínima, como una vacuna, para evitar su reproducción masiva. La situación pretérita que se trata de evitar tiene no solo un origen ontogenético, en la experiencia del trauma de nacimiento, sino también un origen filogenético, ya que la castración constituye una de las fantasías originarias descritas por Freud.

Tanto en el contexto de la primera como de la segunda tópica, angustia y síntoma aparecerán relacionados por oposición; el síntoma evita que el fracaso de la represión desarrolle angustia y a veces lográndolo totalmente: como ocurre en algunos síntomas obsesivos o en la conversión histérica.

Freud describió diferentes situaciones de peligro prototípicas: la del nacimiento, por la indefensión de un ser prematuro, la de pérdida de objeto y la de pérdida de amor del objeto, la de castración, la de culpa ante el superyó y, finalmente, la de autodestrucción como masoquismo; estas dos últimas derivadas de la pulsión de muerte. Si bien describió estas diferentes situaciones de angustia, valorizó la angustia de castración como

central, como la otra cara del Edipo y también como el único motor que lleva a los procesos defensivos.

Vale la pena señalar que la angustia de la pulsión de muerte encuentra en Freud una expresión consciente en el sentimiento de lo siniestro, como una expresión amortiguada, de meta inhibida de la pulsión de muerte.

KLEIN

Es con Melanie Klein que la angustia se vuelve central tanto en la técnica como en la teoría. Si bien mantiene el dualismo de las pulsiones de muerte y de vida, su teoría no está centrada, como en Freud, desde el ángulo de las pulsiones, sino que, como ella misma lo expresa, «mi enfoque está hecho predominantemente desde el ángulo de las angustias y sus vicisitudes». Para describir el interjuego de las angustias y defensas correspondientes introdujo el concepto de posición. Las posiciones de Klein, si bien están descritas en el primer año de vida, están presentes en cualquier otro momento de la vida. El concepto de posición implica además una diferente valoración de las relaciones de objeto en la teoría psicoanalítica, relaciones que pasarán a ocupar un lugar preeminente.

No solo concibió a la angustia como central en su conceptualización de las posiciones, sino que introdujo un cambio fundamental en la concepción misma de la angustia, al adscribirla a la pulsión de muerte y no a la pulsión sexual. De este modo la importancia central que tiene en Freud la pulsión sexual en la teoría de la libido, la tiene la pulsión de muerte motivando la angustia y siempre referida a objetos, en la teoría de las posiciones de Klein. Así entonces, el motor de la vida psíquica ya no es más la pulsión sexual sino el afecto de angustia, y ésta incluye afectos, pulsiones, objetos, defensas, todo lo cual constituye la fantasía inconsciente.

La relación entre libido y angustia se invierte en Klein; ya no es la libido reprimida que genera angustia sino que es el afecto de angustia, los sentimientos de culpa y las tendencias reparatorias que impulsan la relación libidinal y con ello el desarrollo de la libido.

Dando preeminencia a la angustia en la vida psíquica, Klein se aboca a la tarea de describir cualidades específicas de angustia. La posición se instala como respuesta a un tipo específico de angustia.

Describe a la angustia persecutoria, que es específica de la posición esquizo-paranoide y que amenaza con la aniquilación del yo. Dice Klein: «Sugiero que la angustia primaria de ser aniquilado por una fuerza destructiva interna con la respuesta específica del yo de caerse en pedazos o de clivarse a sí mismo, puede ser extremadamente importante en todos los procesos esquizofrénicos».

Otro tipo es la angustia que pertenece a la posición depresiva y que está referida a sentimientos de preocupación y temor por los objetos amados. Finalmente, agregará un tercer tipo de angustia, llamada confusional, surgida como fracaso del proceso normal de disociación del amor y el odio, del objeto bueno y el malo.

Klein describe esta confusión como consecuencia de una excesiva identificación proyectiva de tal modo que no es posible diferenciar la persona propia del objeto.

Describió la figura de los *padres combinados* como el objeto confuso y terrorífico por excelencia.

Las angustias confusionales no solo surgen de estas condiciones, sino que también pueden ser una defensa para contrarrestar ansiedades persecutorias excesivas o sentimientos muy intensos de culpa por los ataques envidiosos al objeto.

Estas angustias tempranas descritas en las posiciones son las angustias características de las psicosis y conducen al yo a desarrollar mecanismos de defensa específicos.

La importancia que Klein concede, desde el comienzo de la vida, a la relación del yo con los objetos la condujo a describir el complejo de Edipo temprano, realizado preferentemente con objetos parciales y bajo el predominio de los impulsos oral-sádicos.

Klein considera al interior del cuerpo de la madre y al del propio lactante como desempeñando un papel esencial en las angustias más tempranas.

En la posición esquizo-paranoide predominan las pulsiones destructivas y los impulsos sádicos del bebé de penetrar en el cuerpo de la madre para apoderarse de sus contenidos.

Describe la envidia oral no solo como una emoción temprana sino como la fuerza que impulsa al niño a penetrar en el cuerpo de la madre, como el motor de la posición esquizo-paranoide.

Esta primera relación envidiosa con el pecho y la madre, que es tanto externa como interna, va a influir decisivamente en la estructuración posterior del Edipo. Klein describe de este modo el Edipo en términos de celos y envidia, más que en términos de conflicto con la sexualidad.

También el desarrollo del yo está muy condicionado por el afecto de angustia. La preocupación por el objeto bueno que nace con la ansiedad depresiva supone una mejor comunicación del yo con los objetos, un mayor interés por las personas y las cosas, todo lo cual da lugar a una mejor integración del yo.

A este propósito, hacemos notar que Freud no consideraba el duelo y los estados de tristeza como angustia, por carecer de los síntomas motores de descarga propios de la angustia.

Las sublimaciones del yo, que en Freud aparecen como uno de los destinos de la pulsión, se entienden con Klein como una forma de reparar al objeto, como uno de los resultados del trato con los objetos.

También la formación de símbolos, base del pensamientos abstracto, nace con la ansiedad depresiva, ya que al poder superar la pérdida del objeto se puede renunciar a la equiparación, característica de la ecuación simbólica de la posición esquizo-paranoide.

Finalmente, queremos volver a destacar que Melanie Klein enfatiza que en las angustias neuróticas subyacen siempre angustias de naturaleza psicótica que son las propias de la posición esquizo-paranoide.

BION

Wilfred R. Bion es un autor original y complejo que, continuando la línea de Melanie Klein, desarrolla una serie de conceptos nuevos y propios. Algunos de ellos tienen que ver con las diferentes formas de angustia. Antes de entrar a describir muy brevemente algunos aspectos teóricos sobre la angustia, es necesario señalar que Bion sostiene que existe en todo ser humano un aparato mental que está constituido por dos partes: el área psicótica y la parte no psicótica de la personalidad. Postula una interacción dinámica entre la posición esquizo-paranoide y la posición depresiva a la que caracteriza con los signos (ps-D), y otro modelo ($\sigma\sigma$) que significa continente-contenido. Ambos procesos son necesarios para la formación

y utilización de los pensamientos de acuerdo a Bion. En la interacción de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva surge claramente que el autor admite en el curso del desarrollo la existencia de angustias correspondientes a cada una de estas posiciones de Melanie Klein; las angustias que corresponden a la posición depresiva y que tienen lugar en la parte no psicótica de la personalidad son del punto de vista conceptual idénticas a la teoría kleiniana clásica. Los desarrollos originales tienen que ver con procesos que ocurren en relación con la parte psicótica de la personalidad. El modelo continente-contenido Bion lo piensa como actuante en las primeras relaciones duales entre madre y niño. Las hipótesis que emite a este respecto las ejemplifica de la siguiente manera: en el caso de que la madre posea la condición positiva que Bion llama *rêverie*, funciona como un continente adecuado y es capaz de procesar las angustias del bebé devolviéndole paz y tranquilidad. En el extremo opuesto estaría un niño con una propiedad innata, la intolerancia a la frustración, profundamente perturbado y que tiene miedo de morir y su madre también enferma no procesa la proyección del bebé, actúa como un objeto malo y le devuelve lo que el niño introyecta, que Bion llama un terror sin nombre. Formulado en signos sería (-σϙ). Este terror sin nombre puede ser el modelo de una de las angustias extremas que ocurren particularmente en los niños psicóticos.

La capacidad de *rêverie* de la madre (ensueño), estaría dada por la posibilidad de actuar como función alfa, que puede procesar emociones o impresiones sensoriales para ser utilizadas luego como pensamiento primitivo, como el pensamiento inconsciente de la vigilia, los sueños y los mitos. El fracaso de la función alfa en cualquier circunstancia da lugar a que las emociones y las impresiones sensoriales no se procesen y se transformen en lo que Bion denomina elementos beta y que se aglomeran en la parte psicótica de la personalidad y que sirven fundamentalmente para ser evacuados mediante la identificación proyectiva. Bion describe una forma de identificación proyectiva patológica en la cual los elementos beta, o los elementos beta más fragmentos derivados del yo y superyó, impregnan el mundo externo y se transforman así en algo extremadamente angustiante y peligroso pudiendo ser este otro mecanismo de una forma de angustia paranoide extrema: el pánico psicótico.

Existe otra modalidad del pánico psicótico en los casos en que el paciente a través también de la identificación proyectiva patológica siente que sus fragmentos están como dispersos por un espacio que no tiene límites. Es otra forma de pánico psicótico que Bion afirma que puede observarse en una sesión analítica, y la expresión de ese pánico puede traducirse por un silencio total y prolongado del analizando.

WINNICOTT

La teoría de la angustia en Winnicott está referida a las angustias psicóticas, tal como pueden aparecer clínicamente en la esquizofrenia o en una personalidad no psicótica con elementos esquizoides. Llamó a esta angustia psicótica, angustia impensable y describió algunas variantes de la misma, como fragmentarse, no cesar de caer, no tener relación con su cuerpo y no tener orientación. Estas angustias impensables ocurren normalmente en todo bebé, pero se volverán patológicas si la madre no es suficientemente buena. Entiende por tal a la madre con *holding y handling*. Madre y niño constituyen una unidad indiscriminada, en tanto la madre puede ponerse en el lugar del bebé entendiendo sus necesidades corporales y también sus necesidades como persona y en tanto del lado del bebé no puede hablarse de situaciones externas. Si las cosas se desarrollan normalmente y la madre cumple con su función alejando las angustias impensables, el niño puede edificar una personalidad sobre el modo de continuidad de existencia. En caso contrario, se producen en el lactante reacciones que cortan este continuo de vida. Si estas reacciones se producen con mucha frecuencia el bebé tendrá una evolución patológica. Si la madre no constituye un buen soporte para el yo, para evitar caer en estados de no integración que lo conducirían a sufrir angustias impensables, activa y omnipotentemente produce el caos de la desintegración. Se constituyen así defensas analizables, mientras que la angustia impensable no lo es.

LACAN

Estas pocas líneas no pretenden dar una exposición acabada del pensamiento de Lacan sobre la angustia.

Trataremos solamente de ubicarla en sus articulaciones fundamentales con los elementos de la estructura. Con ello delimitamos el campo de la exposición a las bases teóricas sin aplicarla o desarrollarla hacia la clínica. Dice Lacan: «Si este es ese lugar que puede de tanto en tanto encontrarse como vacío, vale decir, que nada satisfactorio se produce allí anexo concerniente al surgimiento de la imagen narcisística, podemos concebir que tal vez a eso se deba la producción de la señal de angustia».³

Veamos cómo creemos entender de algunos de los textos de Lacan el mecanismo de producción de dicha señal.

En el plano máximo de abstracción, el sujeto mítico (S) encontraría en el Otro (A) la adecuación absoluta de su deseo, no existiendo luego de su satisfacción ningún resto.⁴ Esto sería el goce, aquello que está más allá del placer (principio del), el acceso al cero (o), a la muerte.

Dentro de esta estructura, si el sujeto (S) se dirige al Otro (A) y éste no satisface su demanda sino que responde con la pregunta: *Che vuoi?*, al hacerlo le plantea al sujeto una doble interrogante: ¿Cuál es el objeto de tu deseo? ¿Qué quieres de mí?

Con ello el Otro (A) dice que no tiene la clave del deseo del sujeto (S, \mathcal{A}), ¿qué se hace patente, entonces? La carencia de ser, ante la cual se manifiesta la angustia. El sujeto tratará de hacer desaparecer esa angustia y recuperar su imagen narcisista (borrar su carencia de ser). En esta situación y con ese objetivo aparece el deseo, soportado por la angustia.⁵ A este nivel el sujeto se tacha y otorga al Otro (A) el poder de satisfacerlo (\mathcal{S} , A), situación paradigmática de lo imaginario. Se dirige al Otro para borrar su carencia de ser, para ello tiene que ser deseado por el Otro, desea el deseo del Otro (deseo de deseo), pero con ello queda sujeto a ese Otro que se mueve en lo imaginario.

3 Lacan, J. «La identificación». *Imago* 8, p. 55.

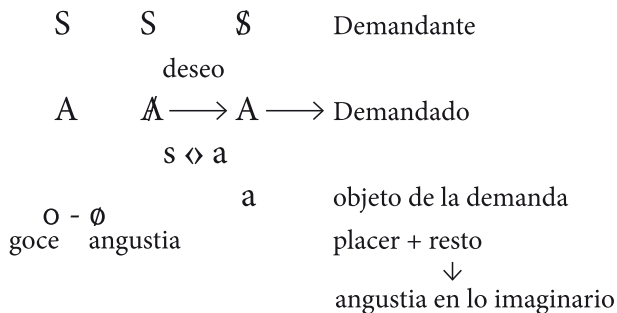
4 Se entiende que esto es una pura abstracción teórica porque justamente el deseo es lo que no tiene nunca adecuación y realización absoluta. Esta abstracción es útil para el desarrollo de la estructura.

5 Este lado irreductible de todo pedido a su satisfacción es la expresión de la irreductibilidad de lo real por lo imaginario y lo simbólico. En este sentido la angustia sería una manifestación ante la expresión de lo real sin ropajes.

Pero el deseo de deseo (deseo de reconocimiento) aparece no como tal, que es inexpresable, sino articulado en la demanda a un objeto, objeto metonímico de *a*, con los cuales se dirige al Otro, obteniendo un placer, pero no la satisfacción absoluta de su deseo. Allí queda el resto, que, o se relanza en otra demanda, o vuelve a aparecer como angustia.

En el orden imaginario esta angustia se expresa de diversas maneras, como angustia ante... la castración, el fracaso narcisístico, la pérdida del objeto, la incompletad... y otros ropajes.

El siguiente diagrama ilustra lo antedicho



La angustia emerge como una contingencia en las relaciones del sujeto con el Gran Otro.

El sujeto barrado (§) que se descubre como sujeto de deseo (S), como puro significante, por el no reconocimiento por el gran Otro (A), sucumbe a la angustia, señal de peligro ante la falta de Ser. Y el deseo es el remedio para la angustia. Deseo de deseo en busca de ropajes narcisísticos.

La angustia es entonces una charnela fundamental en la espiral del deseo.

No es una señal de peligro ante la emergencia del deseo como en Freud, que refuerza la represión, sino que es soporte para el deseo, que es relanzado para calmar la angustia.

El motor del deseo que en Freud depende del interjuego del empuje pulsional (fijado en sus representantes inconscientes, representaciones-cosa) y la represión, pasa a ser para Lacan las relaciones con el gran Otro y la angustia ante la falta de Ser.

A través de las distintas concepciones de la angustia que hemos expuesto se puede observar un alejamiento sensible entre angustia y sexualidad en el psicoanálisis post freudiano; proponemos como uno de los puntos a discutir en el debate su legitimidad, así como las implicancias en la clínica de este alejamiento. ♦

Descriptores: ANGSTIA / REPRESENTACIÓN / ANGSTIA AUTOMÁTICA /

Autores-tema: Freud, Sigmund / Klein, Melanie / Lacan, Jacques / Winnicott, Donald / Bion, Wilfred

Keywords: ANXIETY / REPRESENTATION / AUTOMATIC ANXIETY /

Authors-Subject: Freud, Sigmund / Klein, Melanie / Lacan, Jacques / Winnicott, Donald / Bion, Wilfred